

PUNTOS DE SUSCRICION.

VALENCIA. — En la imprenta de Monfort, plaza del Temple, en las librerías de Luis Vicent y Casiano Mariana.

PROVINCIAS. — En las principales librerías, ó remitiendo, franca de porte, una libranza sobre correos, á favor de la Redaccion del FENIX.

EL FENIX,

SEMANARIO VALENCIANO

PRECIOS.

EN VALENCIA.

Un mes. 4 rs.
Seis idem. 20

EN LAS PROVINCIAS.

Un mes, franco de porte 5 rs.
Seis idem. 26

DE LITERATURA, ARTES, HISTORIA, TEATROS, ETC.

RECUERDOS DE VALENCIA.

De la imprenta en esta ciudad en el siglo XV.

Sin ti se devoraban
Los siglos á los siglos, y á la tumba
De un olvido eterno yertos bajaban.
Quintana. Oda á la invencion de la imprenta.



A invencion de la imprenta, el móvil quizás mas poderoso del progreso social, vino á cambiar enteramente á mediados del siglo XV el aspecto y el porvenir del mundo conocido: egecuta Lorenzo Coster de Harlem sus informes ensayos en 1436, y á poco se apodera Juan Faust de sus procedimientos y corre á Maguncia á perfeccionarlos en 1442 publicand su primer libro titulado Alexandri Galli doctrinale; pero esto no es mas aun que un bosquejo, y es preciso que Juan Guttemberg y Pedro Schoeffer lleguen

á grabar matrices y á fundir caracteres movibles para que la invencion sea completa y acabada; no tardan en verificarlo y es su primer resultado el Psalmodum Codex en 1457: el impulso, pues, estaba ya dado; todos los sábios, todos los potentados de Europa lo acogieron con entusiasmo, y entonces empezaron los verdaderos trabajos de la imprenta y apareció de lleno, y en todo su esplendor, aquel brillante meteoro que debia alumbrar el orbe entero; siendo esta irradiacion eterna del pensamiento humano la que realizó del modo mas sencillo y duradero la grande idea de los egipcios para la transmision de las ciencias. Es cierto que desde principios del siglo V, y hasta un cierto punto, los manuscritos habian principiado á llenar este inmenso vacío, pero de un modo asequible tan solo á los literatos y á los poderosos, pues que cada medio siglo cambiaba regularmente la forma de sus caracteres, y porque habiendo llegado á formar un monopolio de este arte los pacíficos moradores de los claustros que hallaban en el ejercicio de la transcripcion aquella especie de ociosidad ocupada y de asiduidad letárgica que les permitia la vida monacal, se sostuvo muy alto el precio de los manuscritos aun ya entrado el siglo XVII; necesitaba, pues, el progresivo desarrollo del pensamiento ser fijado por una materia que pudiese estar al alcance de todos, y tan ligera é instable como él mismo para no perecer jamás: este fenómeno, verdaderamente asombroso, lo realizó la imprenta. Sus vigorosas ramificaciones se extendieron rápidamente por toda la Alemania, y la floreciente industria de los Países Bajos no tardó en atraer á su seno á los adeptos del nuevo arte Juan de Westfalia y Teodoro Martens que publicaron juntos en 1472 un libro de moral titulado Liber predicabilium. La España, bajo cuya dominacion se hallaban á la sazón aquellos dominios, se distinguió casi al mismo tiempo por la produccion de un libro original, un poema sobre la concepcion de la Virgen (1), compuesto de un modo didáctico por treinta y seis poetas diferentes; este libro, pues, se publicó en Valencia del Cid en 1474, por lo cual, si como dice el erudito P. Estévan Terres y Pando, bien conocido en la república literaria por su juicio, discernimiento, sabiduría y crítica, en su paleografía española, no se encuentra obra alguna impresa en castellano antes del tiempo de los reyes católicos, esto es, en el año de 1474, fue nuestra Valencia de los edetanos la primera ciudad, no solo de Castilla, si que tambien de España, que tuvo el honor de egercer este utilísimo invento; porque de Barcelona y Zaragoza, ciudades que entonces pertenecian á la corona de Aragon, no consta con certeza impresion alguna hasta el de 1475. A 23 de Febrero de este último año se concluyó de imprimir en esta ciudad otra obra muy voluminosa, que lo fue el Comprehensorium ó vocabulario latino, en un tomo en folio de 319 fojas, y cada una de ellas de 164 líneas, y si como es de creer serian indecibles las dificultades que se presentarían al principio para la egecucion de una empresa de esta importancia, no será mucho decir que costase algunos meses y aun años, de modo que ya en el de 1472 se hubiese empezado á imprimir el Comprensorio: está impreso con mucho esmero y exactitud, sin numeracion y segun la ortografía, caracteres y demás propios de la época, segun puede verse en el ejemplar que existe en la preciosa librería del Excmo. señor marqués de la Romana.

Todo indica que este noble arte fue adquiriendo cada día mas incremento en esta ciudad, pues que á 13 de Julio del propio año 1475 se publicaron las obras de Crispo Salustio, en un tomo en cuarto, de que se dice habia un ejemplar en la biblioteca real de Madrid, dos mas que poseyó el Ilmo. señor D. Francisco Perez Bayer, y legó á la biblioteca de

esta Universidad literaria, y otro en la del cardinal Barberini (2).

En el de 1478 se imprimió la traduccion de la Biblia, hecha al idioma valenciano por el sábio cartujo D. Bonifacio Ferrer, hermano del apóstol valenciano san Vicente, de cuyo precioso monumento se conservaba la última hoja en la real Cartuja de Porta-Coeli: á 18 de Marzo de 1482, la Cosmografía de Pomponio Mela, por Lamberto Palmart, alemán, de que posee tambien un ejemplar el mencionado Excmo. señor marqués de la Romana; y finalmente, á 4 de Abril del propio año 1482 y por el mismo Palmart se concluyó la famosa edicion de los fueros del reino de Valencia, en un tomo en folio mayor. El cuerpo de la legislacion valenciana se componia de los fueros del rey conquistador, y de los que establecieron hasta aquel año los príncipes sus sucesores: hallábase custodiado el original en las casas consistoriales, y para su publicacion sacó Gabriel de Rincech una copia auténtica y fiel, por la que se hizo la impresion que se concluyó en los citados día y año. Salió lo mas perfecta, hermosa y acabada que pudo desearse, de bellísimo papel y de tal calidad que se equivoca con la vitela; los márgenes espaciosos, las erratas muy raras, y por fin despues de tres siglos y medio de antigüedad se conserva en un estado cual si acabase de salir de la prensa.

Las referidas ediciones, y particularmente la de los fueros, llenan de honor á los valencianos, porque dan á conocer su aplicacion, su talento y su laboriosidad, y mientras no aparezcan otras anteriores, á Valencia de los edetanos le cabe la gloria de haber sido la primera de las ciudades de España que dió acogida á descubrimiento tan sublime.

J. M.^a Z.

EL ARCO DE VIOLIN DE FIORILLO.

Entre las personas distinguidas que en el siglo XVIII llamaban mas la atencion en Lóndres por su aficion á la música, era el primero el baron de Bayge. Este buen caballero en todo encontraba música: si una puerta rechinaba sobre sus gonces, si una silla al resbalar por el suelo hacia un ruido sonoro, al momento sacaba su libro de memorias nuestro melomano, y anotaba en él las inflexiones musicales correspondientes; en una palabra, no habia en Lóndres vendedor de calle que no tuviera reproducido en la coleccion del baron de Bayge su grito favorito. Sus estudios de música habian sido no obstante muy superficiales, y por lo tanto, tenia precision de recurrir á una tercera persona, para que le corrigiera las notas de todos los ruidos que figuraban bien ó mal en su libro de memorias musicales.

Despues de haber cambiado repetidas veces de secretarios, músicos, se puso al fin bajo la direccion del célebre Fiorillo, violinista italiano de grandísimo talento, y tan sencillo y cándido, como taimados y astutos son por lo comun la mayor parte de sus paisanos. El baron, á pesar de que dedicaba diariamente tres horas al estudio del violin, no podia conseguir tocar á compás, y su mano armonica estaba irremisiblemente refida con el lúgubre bemol. Fiorillo se desesperaba, y no sabia qué hacer, hasta que al fin un día el baron de Bayge arrojando al suelo su violin, exclamó furioso: «A fe que hacia mucho tiempo que me estaba conteniendo; pero paciencia, que los bemoles no perderán nada por haber esperado».

— ¡Qué quereis decir, milord! exclamó Fiorillo asombrado.

— Quiero decir, que tengo ánimo de hacer esta noche misma una mocion en la cámara alta para que mande que todos los compositores supriman en adelante los bemoles de su música, sopena de una fuerte multa.

— ¡Oh! ¡oh! exclamó Fiorillo riéndose á carcajadas, la proposicion será chistosa.

— A lo menos será moral, señor mio, respondió con dignidad el baron. ¿No tenemos una ley contra los juramentos?

— Sin duda.

— Pues bien; si no existieran los bemoles no la hubiera yo quebrantado mas de mil veces desde que estoy aprendiendo á tocar el violin.

Cuando ya al fin de tres años seguidos de estudio llegó el baron á tocar en cuarta mano medianamente, y á egecutar con propiedad un solo de Jarnorich, menos los bemoles, manifestó á Fiorillo que estaba decididamente resuelto á que todos sus amigos disfrutaran de las primicias de su nuevo talento, y le encargó en consecuencia que organizara un concierto para el sábado siguiente. El baron por su parte envió esquelas de convite á los príncipes de la familia real, á los grandes empleados del reino unido, á los presidentes de las cámaras, y por último al lord corregidor de la ciudad de Lóndres, y como su originalidad era tan conocida

(2) El cardinal Barberini habiendo venido á España en calidad de legado en tiempo de los reyes católicos, recogió muchos manuscritos y obras impresas, entre ellas el Salustio de que se trata, y se las llevó á Roma para enriquecer su biblioteca. En la de este palacio arzobispal en la pieza de libros reservados por donacion que hizo á la misma el doctor D. José Rafael Martínez de Ribelles, antes Llopiés, abogado que fue de este ilustre colegio, se encuentra otro ejemplar del Salustio impreso en esta ciudad en el año de 1500, que por su bellísima edicion y hallarse perfectamente conservado, es digno de que lo admiren los inteligentes.

(1) Acerca de este poema y sus autores daremos mas noticias en otro número.

en la alta clase de la sociedad, no hubo uno que no tuviera un maligno placer en aceptar el convite.

Al fin llegó el día del concierto. Fiorillo estaba sumamente pensativo; y no comía nada, á pesar de las amables instancias que la hacia la sobrina del baron, con quien se desayunaba. — ¿Qué teneis, querido maestro? les decia miss Betty.

— ¡Ay! señorita, respondió el pobre profesor, temo que su señoría comprometa esta noche los veinte honrosos años que llevo de profesor. — ¿Y qué, no es mas que eso, Mr. Fiorillo? acaso no está ya hecha vuestra reputación? Creedme, tomad el partido de los que se rían, y esta noche saldrá mejor el que....

Fiorillo sin embargo, á pesar de lo que decia miss Betty, fue al ensayo del concierto lleno de mortal aprension: mas cuando llegó el momento de empezar, se vió al baron con la cabeza erguida, subir al estrado dispuesto para los que tocaban solos; y sin aguardar á que se empezara el *tutti* atacó desapiadadamente su áspera prima....

Aquella fue una tremolina completa; mas como los músicos estaban pagados para encontrar en el baron un gran talento, los aplausos que recogió, aunque dados con una exaltacion irónica, lo llenaron de la mas completa satisfaccion. Hasta aquí todo iba bien: mas cuando por la noche descubrió el baron entre sus convidados al hermano del rey, excelente violinista, y á su prima la duquesa de Cambridge, que pasaba por la primera música de su tiempo, se apoderó de él un terror pánico invencible, y se fue á buscar á Fiorillo, pero éste se habia marchado despues de comer, y su criado no pudo dar razon de él.

— Vamos, dijo, la cosa no tiene remedio.... ¡es preciso tocar cuéstemelo que me cueste!... pero quiero al menos servirme del arco de mi maestro, puesto que sin ninguna consideracion hácia mí, me abandona en este momento.

Al fin empezó el concierto por un magnífico coro de Handel, que tuvo un éxito brillante; y en seguida cantó la Mengotti un aria de Paësiello, y fue llevada en triunfo á su asiento. El programa designaba en seguida el solo del baron, el cual se presentó todo trémulo, saludó á la augusta asamblea, y la orquesta atacó el *tutti* que precede ordinariamente á todo trozo destinado á hacer lucir á un aficionado. El baron egecutó con un vigor y un aplomo admirables el preludio de su concierto, y la reunion entera que habia ido con ánimo de burlarse, quedó pasmada de asombro; pero lo mejor del caso fue cuando el baron tocó una deliciosa pastorela, que estaba colocada entre las dificultades de su pieza de música, ¡como una olorosa violeta entre una espinosa zarza! Todos se pusieron en pie, agitaron los pañuelos, y se mezcló el nombre del amphytrion con los mas estrepitosos vivas. El pobre lord sentia una emocion desconocida; le temblaban las piernas, y tenia la frente inundada de sudor.

Al día siguiente al arreglar su ayuda de cámara los instrumentos que habian servido para el concierto, observó que las cerdas de un arco de violin de mucho valor estaban cubiertas de una capa de sebo, y sorprendido con esta particularidad se lo llevó á su amo, que estrañándolo tambien á su vez, hizo llamar á Fiorillo, y enseñándole su arco le dijo: Querido maestro, ved aquí vuestro arco; ayer me sirvió infinito, pues á no haber sido por él, no seria yo nombrado esta noche presidente de la cámara alta. Dejádmele como una memoria vuestra, y aceptad este regalo por amor de mí. Y al decir estas últimas palabras le entregó una donacion de una pension vitalicia de cien libras esterlinas.

— Pero decidme, añadió el baron, ¿cómo es que se encuentra este arco en semejante estado?

Fiorillo bajó la cabeza sin atreverse á responder....

— Tío mio, exclamó miss Betty, Mr. Fiorillo estaba escondido detrás de un biombo, y él era quien tocaba mientras que vos esgrimiais tan bien su arco sin estar untado en pez....

— ¡Estraordinario afecto del amor propio! exclamó el baron, que en medio de todo tenia talento; estaba tan entusiasmado ayer noche, que creia que era yo quien egecutaba tan hermosas cosas. Vamos, no me enfado con vos, mi querido Fiorillo, y duplico vuestra pension en favor de un estratagema que ha salvado mi honor de aficionado. Pero lo conozco, es preciso quedarme así, y no volver á tocar nunca el violin para no hacer pública esta aventura.

El baron cumplió su palabra, y abandonó para siempre su instrumento favorito: mas para desquitarse recogia las inflexiones de voz de los oradores de la cámara alta.

T. de J. G. C.

Recuerdos y anécdotas de Talma.

No teníamos mas que nueve años Talma y siete yo, cuando entramos al mismo tiempo en el colegio que dirigia en Charliot Mr. de Lamaigniere, quien desde entonces ha desempeñado por largo tiempo las atribuciones de juez de paz del distrito. Talma llegaba de Lóndres, donde su padre egercia la profesion de dentista. Pasamos juntos dos años en aquel colegio. El jefe del instituto, amado de todos sus discípulos, porque él los amaba, era muy apasionado al arte dramático, cuyo gusto no es difícil inspirar á jóvenes en el momento en que se despierta en ellos el sentimiento y la inteligencia. Todos los años nos hacia aprender y repetir una tragedia y una piececita cómica que se representaba en la distribucion de premios. Cuando llegamos á entrar en el colegio no pudimos lograr ningún papel en el Cromwel de Denclairon, escogido para los exámenes de aquel año.

Al siguiente, queriendo Mr. Lamaigniere evitar toda comparacion con el teatro francés, desenterró una tragedia impresa con el título de *Sinoris, hijo de Tamerlan*, no representada en aquel teatro, y la hizo estudiar. Era obra de un jesuita, que en otro tiempo habia compuesto esta pieza para los egercicios del colegio de Luis el Grande. Talma desempeñó en ella con muy buen éxito el papel del hermano de Sinoris. Yo debia recitar como unos treinta versos bajo el nombre de un general del conquistador mogol. Una grave enfermedad, que me obligó á dejar el colegio mucho antes de que se verificase aquel solemne acto, me privó del placer de presentarme en la escena con mi célebre compañero. Era ya tan marcado el instinto de su vocacion, que á la edad de 12 años compuso una piececita en que nuestro maestro distinguió el brillo de su talento.

Separado de Talma durante el curso de mis estudios, no volví á verle hasta que á fines de 1781 volvió por segunda vez de Inglaterra. Nos encontramos en el colegio Mazzarini, adonde iba á seguir el curso de lógica, al mismo tiempo que yo entraba en las clases de física y de matemáticas. Nos reuníamos casi todas las noches en la habitacion de uno de nuestros condiscípulos, que por su edad, mayor que la nuestra, por su carácter y escelente conducta considerábamos como nuestro mentor. Este joven, que se dedicaba al foro con los señores Bellart y Bonnet, que tambien habian sido compañeros nuestros en el colegio, se llamaba Turlin. Se conserva de él un discurso impreso acerca de *la utilidad de los viages*, premiado en 1788 por la academia de Dijon.

Mr. Billecoq, literato conocido, especialmente por sus apreciables traducciones, ha tributado á las virtudes y al mérito de este hombre de bien, arrebatado al foro, á las letras y á sus amigos, el homenaje debido, en su noticia acerca de Bellart. Petitain, economista y estimable literato, Du Chosal, Mr. Catty, primo de Talma, que murió siendo profesor en la escuela de Woolwich, eran juntamente con Talma y yo los mas asiduos en las reuniones que teníamos en casa de Turlin.

Talma á la edad de 18 años figuraba ya en el mundo como uno de los jóvenes mas amables de París. Todo agradaba en él; su figura seductora, la elegancia de sus modales, sin la menor fatuidad, un carácter escelente, una inteligencia y una memoria cultivadas con buenos estudios, una voz grata, y muy buen gusto en el canto, aunque lo hacia sin conocimiento del arte, inteligencia en la literatura inglesa y francesa, el conocimiento de las bellezas poéticas en las dos lenguas, que realizaba recitando los trozos mas bellos; no se necesitaba tanto para cautivar á un sexo tan dominado por el imperio de todo género de atractivos.

Talma cedia á la aficion que inspiraba, y su facilidad espuesta á frecuentes pruebas, pronto escitó la inquietud de sus amigos por su porvenir. Destinado por su familia á la profesion de dentista, seguia dócilmente, pero contra su voluntad, los cursos preparatorios para el egercicio de aquella. No conociéndole ninguna disposicion para estudios graves, y temiendo le dañase el abuso de los placeres, pensamos que escitando ó despertando en su alma una pasion de-artista, el deseo de hacerse un nombre, y trabajos que le halagasen, le arrancaríamos á una ociosidad de espíritu llena para él de peligros. Entusiastas del arte dramático asistíamos sobre todo con asiduidad á las representaciones del teatro francés. Mlle. Saint-Val menor, Brizard, Monvel y Larive nos conducian con preferencia á la tragedia, en la que busca áridamente sensaciones la juventud. Talma nos acompañaba.

Pronto una representacion de *Edipo* le reveló su genio, y le impulsó velozmente á la escena. Larive era aplaudido con furor en aquel papel. Nosotros no participamos del entusiasmo general. Profundamente atento nuestro amigo, habia notado sin embargo nuestra reserva en medio de las mas estrepitosas aclamaciones. Cuando despues de concluida la pieza le preguntamos la impresion que le habia causado: — «Vosotros no aplaudiais como los demás, nos dijo. En cuanto á mí he escuchado con atencion el papel de *Edipo*; creo que Larive no lo comprende, y conozco que si yo tuviese que desempeñarle, lo haria de distinto modo que él.» Aplaudimos esta opinion que nos revelaba la inteligencia y el instinto del artista.

Al día siguiente nos confesó Talma la pasion que le arrastraba á la escena. Mucho le costó el decírnoslo. Nuestro joven Mentor unia á las cualidades mas amables una gran pureza de costumbres, apoyada en la firmeza de sus principios y de sus sentimientos religiosos.

Talma temia que se le reconviniere, y quedó agradablemente sorprendido al verse animado y protegido: «Mas vale, le dijo Turlin, trabajar seriamente para ser algun día un grande actor, si te sientes con talento para ello, que esponerte como lo haces á perderte en los tristes goces de una vida ociosa y disipada.»

Escitado por nosotros Talma, cuya edad, gracias y facultades naturales parecian destinarle entonces para los segundos galanes, aprendió y nos recitó los de Xipharés, de Hipólito, de Egisto etc. Encantábanos su inteligencia, sus dotes exteriores y su desembarazo. Pero en vano buscábamos el fuego sagrado; nada nos decia al corazon. Sin embargo, no reconociéndonos con derecho á juzgarle, le invitamos á consultar á algun artista de fama.

A Mlle. Saint-Val, menor, (Alziani de Roquefort), fue á quien él se dirigió. Esta artista, que se distinguia por un talento eminente y cultivado, así como por una sensibilidad verdadera y profunda, era nuestra actriz predilecta. Yo apenas salí del colegio á los 17 años, rompí lanzas por ella con el célebre abogado Gerbier, partidario declarado de la rival de las señoritas Saint-Val, Mad. Vestris. Hay que advertir que yo ignoraba el formidable adversario con quien me las tenia que haber. De otro modo su solo nombre me hubiera cerrado la boca, pues eran entonces las antiguas celebridades obgeto de respeto para la juventud. Mlle. Saint-Val animó á Talma; pero para pronunciarse definitivamente acerca de sus disposiciones, quiso verle representar algun papel en un teatro casero. Talma eligió el de Doyen, que estaba muy en boga, y escogió para su primer ensayo formal el papel de Seide en *Mahomet*.

Lo que sigue hará juzgar del carácter de nuestro amigo y de su franca modestia. Al anunciar su primera salida á Turlin le dijo: «Espero que todos vendreis á verme; porque quiero ser juzgado sobre todo por vosotros, pues teneis bastante conocimiento de los autores dramáticos y del teatro para conocer si comprendo bien mi papel y si le desempeño de modo que conmueva á los espectadores. Quiero que me digais si tengo disposiciones á vuestros ojos para ser un grande actor; y si no, no quiero ser un cómico adocenado. Exijo pues de vosotros, como un servicio de amigos, que me digais francamente, despues de lo que me hayais visto hacer, si creéis ó no que el tiempo y el trabajo me podrán elevar algun día al rango de los Lekain y de los Monvel. Vuestra opinion sola decidirá de mi porvenir; porque temo que Mlle. Saint-Val encontrándome quizás con mas disposiciones que todos los que se le presentan, sea conmigo demasiado indulgente.»

Asistimos á la primera salida de nuestro amigo á fines del año de 1783, si no me engaña la memoria. Su éxito no habia tenido egemplo hasta entonces. Nunca se habia visto en un teatro casero semejante reunion de todas las dotes exteriores á la inteligencia perfecta del papel, y al arte de un talento seductor. Desgraciadamente para nosotros y para Talma, lle-

vábamos á aquella representacion prevenciones involuntarias. Temíamos, que placeres demasiado fáciles hubiesen agotado ya su corazon. Pero lo peor para él era que abundábamos en recuerdos de Monvel en el carácter de Seide. Las mas profundas emociones que habíamos experimentado en el teatro las debíamos á la accion verdaderamente sublime de aquel gran profesor en el mismo papel. Escuchando los versos recitados por Talma, no veíamos, ni oíamos sino á Monvel; sus gestos tan penetrantes, su expresiva pantomímica, sus acentos apasionados ó amargos, cada detalle nos le recordaba, y esta comparacion de todos los momentos perjudicaba al jóven principiante. Muy pronto no nos hizo ya sentir la menor emocion, y nos pareció que en vano se afanaba por conmovier nuestra alma. Todos sus esfuerzos eran solo para nosotros una lucha impotente del trabajo contra la naturaleza, y así es que nos manifestábamos frios para con él. El recuerdo solo de Monvel renovaba nuestras antiguas impresiones. Reunidos despues en casa de Turlin, fue unánime nuestra opinion. «A juzgar por lo que hemos experimentado, Talma ha logrado agradar; pero le ha faltado lo esencial, el fuego sagrado.»

Opinábamos en esto como verdaderos aturridos, porque si el fuego dormía realmente debajo de las cenizas, el tiempo, el estudio, el egercicio podian lograr encenderlo. Turlin se habia comprometido á hablar con franqueza. Talma lo habia exigido, y aquel cumplió fielmente su palabra. Talma entristecido, pero demasiado confiado en nuestras luces y en la sinceridad de nuestro voto, renunció á la carrera del teatro, á pesar de los consejos de Mlle. Saint-Val, volviendo á proseguir sus estudios en la profesion de su padre y de su tio.

Ocupaciones muy diferentes de las de mis antiguos compañeros me alejaron muy pronto de la mayor parte de ellos, haciéndome renunciar á la frecuente asistencia al teatro: cerca de tres años habian transcurrido desde entonces sin que se me ofreciese ocasion de volver á ver á Talma, cuando á fines de 1787, encontrando por casualidad á su primo Mr. Catty, supe por él que Talma, escitado por los actores mas célebres de la época, se habia decidido á revocar nuestra decision. Poco era el tiempo de que á la sazón yo podia disponer; pero conservando una amistad sincera á mi antiguo compañero, y siendo de él correspondido, temí las consecuencias de su nuevo ensayo. Animado por su buen éxito y por la opinion de un hombre de mérito, que habia hecho un grande elogio de él en mi presencia, aunque no le habia visto representar mas que el desgraciado papel de Perpenna en *Sertorio*, aproveché una tarde que tuve desocupada para ir á verle: hacia Talma de Saint Albin en *el Padre de familia*. Esta vez me conmovió vivamente, y encontré en él el fuego sagrado. Concluida la pieza subí á su cuarto. Al verme se le escapó una ligera señal de inquietud, y vi que se acordaba de nuestra desacertada opinion. Teniéndole la mano, que él estrechó, le felicité cordialmente, y como parecia conservar alguna duda de su sinceridad: «Tú me conoces, le dije, y sino hubiera tenido que dirigirte sinceras felicitaciones, no me hubiera presentado á tí.» Su fisonomía se tranquilizó con esto y me dijo que no dejase de verle en el papel de Egisto en *Merope*, en el que obtenia siempre merecidos triunfos. Así lo hice, y quedé encantado del colosal talento del principiante, á pesar de los recuerdos de Monvel y de Molé.

Paso rápidamente de mis relaciones habituales con mi antiguo compañero á la época de su primer casamiento, de 1791 á 1795. Sabido es cuán agradable hacia su casa la amable y graciosa Julia. Chamfort, La Harpe, Carlos Bongens, varios diputados de la Gironda, Riouffe, autor de las interesantes *Memorias de un preso*; Souge, á quien se debe *el caballero de Canolles*; Mlle. Desgarcus, que tan bien habia reemplazado á la menor de las Saint-Val, eran sus mas asíduos convidados. Tambien encontré entre ellos á mis antiguos condiscipulos Du-Chosal y Allard. Mi familia amaba mucho á Talma, conocido de toda ella desde nuestra infancia. Julia y él asistieron á mis bodas. Pero lo que sobre todo quiero recordar son los rasgos que pueden contribuir á pintar su natural cándido y la lealtad de su carácter.

Ausente de París por los cargos públicos durante mas de 20 años, no veia yo á mis antiguos amigos sino como viajero; pero en mis frecuentes idas á mi ciudad natal, era Talma uno de aquellos cuya cordial acogida me hacia siempre desear ver. Muchas veces comíamos juntos, ya en su casa, ya en la de algun amigo comun, entre otras en la de Langlés, el orientalista, uno de nuestros antiguos condiscipulos. En una de estas comidas en 1804, segun creo, estaba Talma triste y parecia desanimado al ver el encarnizamiento que contra él manifestaba su antiguo profesor Geoffroy. Tratamos de reanimarle. Yo le cité los versos de Boileau á su amigo Racine.

*Et peut-être aux censeurs de Pyrrhus
Dois tu les nobles traits dont tu peignis Burrhus.*

Recordábamole los papeles en que el público le habia manifestado recientemente su entusiasmo: Cinna, Nicomedes, Neron en Británico. Al oír este último nombre: «En cuanto á este, exclamé yo, no te felicitaré por su desempeño, porque en conciencia no he reconocido en él tu acostumbrado talento, y no has hecho mas que gritar desde el primero hasta el último verso.» — «¿Cuándo me le has visto hacer?...» contestó él. — «Hace ocho ó nueve años.» — «¡Ah!... En ese caso tienes razon: no oía entonces la primera palabra, y hacia como Lekaín en sus primeros años, berreaba, y me movía como un desesperado. Pero desde entonces he estudiado mucho: vuelve á verme y conocerás que ahora le saco un poco mejor.»

Como todos los dias le renovaban las felicitaciones por el raro talento que desplegaba en Cinna: «A Monvel es á quien se debe admirar, exclamaba: él es nuestro comun maestro. En la grande escena con Augusto ha aplaudido el público mi accion muda: pues bien, yo no he hecho mas que dejarme llevar de las impresiones que produce en mí el arte maravilloso de Monvel, cuando Augusto dice á Cinna, á quien interrumpe:

*...Mal cumples tu promesa
No es tiempo: siéntate.*

Yo caigo naturalmente en mi sitio como un hombre aterrado, y me parece que me clavo en él.

Hacia mucho tiempo que habia yo oido hablar con entusiasmo á un apasionado de Talma de la sublime egecucion de este en el Orestes ó de Andrómaca, y sobre todo en el famoso monólogo que empieza:

¡Qué veo!... Sí: ¡es Hermione! ¿Qué acabo de escuchar?...

Como yo no le habia visto aun en aquel papel, en el que despues le

he admirado tanto, así como en el de Neron, le rogué que me diese una idea de este monólogo. — Te acuerdas, me dijo, de cómo le hacia Larive, y del acento irónico que daba á este verso:

Ella me pide ahora su sangre y su existencia.

En mi opinion dista Orestes de este pasaje cien leguas de la ironía. En la desesperacion que le abruma, cuando recuerda sus crímenes, la causa que le ha impelido á ellos, el salario que obtiene á medida que habla, deben ahogarle los sollozos. — Entonces á nuestro lado, en la mesa, pasándose la mano por los cabellos, nos hizo aparecer á Orestes marcado en la frente con el sello de la fatalidad, como lo hacia en el teatro, y nos hizo estremecer y llorar, como si estuviésemos en él.

Sabido es el afecto constante manifestado á Talma por Napoleon, á quien nuestro amigo habia conocido, amado y aun obligado con favores cuando el futuro Emperador no era aun mas que el general Bonaparte, cuando se hallaba sin empleo y mas desgraciado por su ociosidad involuntaria que por los sinsabores que experimentaba. Se citan algunas particularidades de sus relaciones. Hé aquí lo que me contó Talma al dia siguiente de un desayuno en casa del primer cónsul, en el que se habia hablado de la representacion de la muerte de Pompeyo, dada la víspera y puesta en escena por orden de Napoleon. — Habiéis desempeñado muy bien el papel de César, dijo aquel á Talma; sin embargo, en la salida y cuando responde á Ptolomeo:

Conocéis vos al César cuando le habláis así, &c., habéis dicho esto con el tono de un orador de club. Acordaos de que César no era nada menos que jacobino, que hablaba delante de los oficiales romanos, y que lo que dice es oficial. Despues dejándose llevar de sus ideas añadió Napoleon: — «Además de lo que dicen esas gentes (César, Mahomet y yo), está siempre muy lejos de ser lo que piensan.» — Pasando luego á hablar del actor que habia desempeñado el papel de Ptolomeo, criticó sus maneras y el haber dado á aquel papel una fisonomía demasiado envilecida. — «Bien sé, dijo, que Corneille no pone en boca de aquel príncipe un language muy elevado. Ofrece á César su corona porque se cree obligado á ello pero con un language humilde debe conservar un cierto aire de dignidad. El es rey; y un rey, á pesar de lo que puede decirse, no se envilece nunca hasta en su actitud y su gesto.» — La tragedia de Corneille recordaba al cónsul el Egipto y su expedicion. Continuando la conversacion, contó que al poner el pie en aquella tierra célebre, que habian hollado Alejandro y César, y al contemplarla habia advertido alguna cosa en la arena. Habiendo levantado lo que veía, reconoció con sorpresa un camafeo antiguo, y lo que le sorprendió mas es que el retrato incrustado en aquel se le parecia mucho. «Cuando os marchéis, dijo á Talma, id á ver á mi muger que os lo manifestará y vereis como os sorprende su semejanza conmigo.»

Cuando me contaba Talma esta conversacion, aun no habia podido ver el camafeo ni apreciar el augurio. — Aubert de Vitry.

FIDELIDAD Y VALOR.

César se llamaba nuestro héroe, pero á fin de que el lector no crea otra cosa le diremos desde ahora que fuera de su desastrada muerte, no tiene nada de comun con el vencedor de Farsalia. El César cuyo fin precoramos á contar, era en su tiempo una buena criatura desprovista de ambicion, y que ciertamente no hubiera llorado de celos al ver la estatua de Alejandro. Su existencia era pura y tranquila, cumplia cuidadosamente los modestos deberes que le estaban confiados, y practicaba en el silencio todas las virtudes compatibles con su posicion social.

De padre á hijo, los antepasados de César habian servido fielmente la noble casa de Bazouge Kerhoat, cuyos ascendientes tenian calidad de príncipes y pasaban con Rieux y Rohan por los mas altos señores de la provincia de Bretaña. César era como sus antepasados; amante, leal y fiel á sus señores.

En verdad era difícil encontrar un perro mas bonito que César; porque César era un perro. Sin esta circunstancia creemos que sus eminentes calidades lo hubieran dado á conocer al mundo mucho tiempo ha, y que no hubiera necesitado de nosotros para escribir despues de tantos años su biografía. Su retrato en pie que adorna el comedor del castillo de Kerhoat atestigua que era alto, que sus patas eran tan á propósito para correr como para luchar, y que ostentaba orgullosamente su cuadrada cabeza. Su pelo era blanco con manchas de color castaño oscuro. Aunque su hocico era corto como el del dogo, tenia bellas y largas orejas: las sedosas lanas que colgaban de sus piernas ligeramente rizadas, daban una apariencia de riqueza á su piel. En suma, habia en él algo del mastin, del dogo y del faldero. Sentimos no estar bastante especialmente versados en la fisiología canina, para decir cierto de qué cruzamiento de razas podia ser hijo este noble y fuerte animal.

En el otoño de 1793, César tenia tres años. su cuello atigrado, no llevaba el pesado collar de cuero guarnecido de puntas de hierro. Un sencillo aro de cobre reluciente como el oro y que tenia dibujadas las armas de los Bazouge, se descubria apenas por entre sus largos y sedosos bucles; de este aro colgaba una pequeña plancha en la que se veía una cifra delicadamente grabada, y formada por las iniciales E. B. Esta plancha indicaba que César pertenecía á Enriqueta de Bazouge.

En este tiempo el hermoso castillo de Bazouge no tenia ya aquel aspecto de animacion y de bienestar que regocijaba en otro tiempo á sus huéspedes cuando Mr. Bazouge tenia mesa franca y casa abierta mientras duraban las sesiones de los estados de Bretaña. Situada á tres leguas de Rennes, á las orillas del bosque del mismo nombre, la rica morada servía de casa de campo á toda la nobleza. Aquello era una fiesta perpétua. Las cocheras tan grandes como eran, no bastaban para la multitud de carruages. Unicamente el que era duque ó amigo del castellano, alcanzaba sitio en la caballeriza para su tiro. Por la noche se iluminaban los vastos salones. Los mil cristales de las arañas reflejaban deslumbradores rayos sobre las esculturas del artesonado, sobre los sombríos marcos dorados de los retratos de familia sobre los esmaltes de los escudos de armas. Luego venia la espléndida cena entretenida con las relaciones de algun caballerete que habia llegado hasta París donde pasaban cosas muy singulares. Las señoras se asombraban, y no querian creer que hubiese en el mundo una muger mas hermosa que la reina, y un hombre mas feo que Mirabeau. Despues de la cena seguía el baile, el baile antirevolucionario con sus movi-

vientos graves, dignos, graciosos, galantes; baile en que podían figurar las princesas, sencillo, pero altivo, y que recordaba por su real carácter las nobles costumbres de los tiempos caballerescos.

Mas ahora las arañas estaban apagadas. No había ya en las galerías caballeros que levantasen con orgullo su blanco penacho, ni bellas damas, ni terciopelo, ni diamantes, ni flores. No se oían ruidos de fiesta, no había resplandores, y si alguna claridad venía á alumbrar durante las noches silenciosas en sus ennegrecidos cuadros los severos semblantes de los señores de Kerhoat, era algun pálido rayo de la luna, que se deslizaba fugitivo y triste por entre las franjas cubiertas de polvo de las espesas cortinas que cubrían las ventanas. Era el mismo castillo, con sus cuatro soberbias torres, cual otros tantos centinelas; estaban, sí, en él, á un lado las inmensas caballerizas, al otro las habitaciones en que se hubiera alojado cómodamente un regimiento de criados. Pero las habitaciones estaban desiertas, y dos caballos solos hacían resonar sus pisadas en la vasta soledad de las caballerizas. Un mal ángel había descendido sobre el castillo de Kerhoat, sacudiendo las alas sobre sus diversiones, y reduciendo á la nada al mismo tiempo su esplendor y su prepotencia. En dos años el jefe de la casa de Bazouge, anciano octogenario, había perdido sus cuatro hijos mayores; dos en el ejército de Condé y dos en la Vendée. Mr. de Bazouge habitaba solo su castillo de Kerhoat con su nieta Enriqueta. Hasta entonces su ancianidad y la veneración de sus antiguos vasallos le habían protegido. Los habitantes de Noyal-sur-Vilaine y de las cercanías, se descubrían aun á su paso, cuando de tiempo en tiempo recorría apoyado sobre el brazo de Enriqueta las campiñas que en otro tiempo eran de su dominio. Algunos le decían en voz baja. — ¡Dios os bendiga, señor! Las mugeres siempre mas atrevidas no se ocultaban para decirle á Enriqueta con un aire cordial. — ¡Buenos días señorita! Pero aquí llegaban las señales de respeto y de simpatía.... Estaban á tres leguas de Rennes, ciudad de veinte y cinco mil almas, que tenía cinco guillotinas, y era suficiente esta vecindad para enseñar á los mas aturdidos á tener prudencia.

Mr. de Bazouge se había deshecho de su jauría, así como de sus caballos y de sus criados. No quedaba ya en el castillo, fuera del jardinero, mas que un valiente criado llamado Lapierre, dos caballos de silla, y César que se había quedado á instancias de Enriqueta.

Esta era una hermosa muchacha de trece años, cuyo dulce semblante había tomado de las desgracias que agobiaban su raza, una espresion de melancolía, y que era, como hemos dicho, la única compañía de su abuelo á quien cuidaba atenta y respetuosamente. Por la mañana, cuando Mr. de Bazouge se despertaba, el primer semblante que veía era el de Enriqueta; le leía para distraerle, y cuando pensamientos muy tristes cubrían con una nube mas sombría la frente del anciano, Enriqueta se ponía de rodillas delante de él y cantaba. Mr. de Bazouge escuchaba, la amargura de su corazón se disipaba poco á poco con los sonidos de aquella hermosa voz como la escarcha matinal se deshace con el tibio calor del sol de los primeros días de la primavera, ponía sus manos sobre la cabeza de Enriqueta y alisaba con gesto distraído sus blondos cabellos.

Después el pobre anciano se sonreía, y mirando al cielo daba gracias á Dios por aquel supremo consuelo concedido á la noche oscura de su vida.

Otras veces, el abuelo y su nieta se arrodillaban juntos sobre un reclinatorio de ébano. El abuelo rogaba por sus cuatro hijos mártires de la mas santa de las causas y por el quinto que esperaba el mismo martirio. La niña rogaba por su padre, y cuando aquel hombre, que había dado su familia entera á Dios y al rey, había acabado de rogar á Dios, exclamaba ¡Viva el rey! y la débil voz de la niña repetía este grito leal, heroica espresion de orden que murmuraba tal vez en aquel momento la boca moribunda del último Bazouge sobre algun campo de batalla en la Vendée.

Entre tanto, César estaba echado en algun rincón de la sala, sus ojos pardos se fijaban amorosamente sobre su jóven ama, y cuando la mirada de Enriqueta caía sobre él por casualidad, levantaba la mitad de su cuerpo, alargaba las dos patas, y respiraba alegremente. De día no la perdía nunca de vista, de noche se acostaba al través de su puerta como los antiguos gentiles hombres de cámara de los reyes de Portugal.

Al momento que Enriqueta ponía el pie fuera de casa, César daba vueltas saltando al rededor de ella: echaba á correr á lo largo de los grandes andeles del jardín, saltaba los acirates y volvía corriendo locamente á poner su hocico á los pies de su ama. César amaba mucho á Mr. de Bazouge, pero no encontramos palabra que pueda espresar suficientemente su afición á Enriqueta. A una señal suya, hubiera abandonado un hueso medio mascullado, y tal vez por su orden habría dejado en paz á cierto gato retirado á los tejados del castillo, al cual tenía un odio hereditario.

Había hacia el fin del bosque de Kerhoat una pequeña ermita en que por casualidad había quedado derecha una cruz; Enriqueta dirigía casi siempre sus paseos hacia este parage, mientras que su abuelo tomaba la siesta ó dormía. El oficio mas importante de César, era el escoltar á la jóven en sus paseos. Desde que la veía dar la vuelta á la llave del jardín para entrar en el parque, cambiaba su ademan, acortaba el paso, y no se separaba de Enriqueta como si conociese la responsabilidad que pesaba sobre él: y en verdad, su proteccion no era de despreciar: tenía buenas piernas, ojos penetrantes, y unos dientes capaces de causar miedo al lobo mas voráz. Por desgracia los animales feroces que infestaban la Francia, eran mucho mas numerosos y sobre todo mas perversos que los lobos.

Un día Lapierre, el único criado del castillo, volvió de Noyal sumamente asustado. Se decía que las autoridades de Rennes estaban cansadas de dejar en paz y en vida un viejo como aquel que tenía mas títulos él solo que la mitad de los Estados juntos. Por consiguiente la gendarmería, acompañada de un delegado del distrito, debía hacer muy pronto una visita al castillo de Kerhoat. Mr. de Bazouge recibió esta noticia como veterano y como cristiano, pero al mirar á Enriqueta sus ojos se llenaron repentinamente de lágrimas. ¡Era tan jóven! ¡tan bella! ¡El día de su nacimiento se le presentaba tan brillante porvenir! ¡Al rededor de su cuna tal vez había pensado la familia en una brillante y noble alianza!... Ahora... ¡ya no tenía familia!

— Hágase la voluntad de Dios, dijo Mr. de Bazouge enjugándose furtivamente sus mejillas, ¡y viva el rey!

— ¡Viva el rey! repitió Enriqueta.

— ¡Viva el rey! pronunció lentamente otra voz fuerte y grave.

César saltó alegremente hacia el recién llegado: este era un hombre

alto, cuyo semblante desaparecía bajo las anchas alas de un sombrero con la cucarda blanca. Una gran capa de luto ocultaba su trage. Se había detenido á la puerta.

— ¿Quién sois? preguntó el anciano.

El recién venido hizo una caricia á César como para darle gracias por su buena acogida, dejó su capa sobre una silla y se descubrió.

— ¡Padre! ¡hijo mio! exclamaron al mismo tiempo Enriqueta y Mr. de Bazouge.

Y el extranjero los estrechó sobre su corazón repitiendo:

— ¡Padre! ¡hija mia!

Era el último heredero varon de los Bazouge de Kerhoat, Enrique, vizconde de Plenars. Venía de las cercanías de Beaupreau, donde había dejado la division que mandaba en el ejército católico y real. Sus botas estaban cubiertas de polvo, y sus espuelas ensangrentadas. Cuando pasó su primera alegría, el anciano quedó silencioso, y mientras que el vizconde abrazaba á su hija apasionadamente y parecía no poder saciarse de mirarla, Mr. de Bazouge reflexionaba.

— Enrique, dijo al fin, ¡qué debo pensar de esta vuelta! ¿Acaso se ha acabado la guerra? ¿Ya no hay en Francia ni un rincón donde se pueda plantar nuestra bandera?

El vizconde cesó de acariciar á Enriqueta y enseñó su cucarda blanca.

— Señor, respondió sacudiendo el polvo de sus botas de viage, mis hermanos han muerto como debían morir vuestros hijos. Cuando la bandera blanca caiga, no vereis sangre en mis espuelas, la vereis en mi espada. No temais nada por ahora. Me honro con imitar á mis hermanos, y por tanto no tendreis jamás la vergüenza de oír decir que la guerra se ha acabado mientras que palpita el corazón del último de vuestros hijos.

Mr. de Bazouge tomó la mano del vizconde y la apretó fuertemente.

— ¡Ah! ¡si yo pudiese!... murmuró con angustia.

— Habría un valiente mas en el ejército de su magestad, contestó el vizconde, pero la pobre Enriqueta se quedaría sola en el mundo.... ¡Qué hermosa es, y cuánto se parece á su madre!

Este recuerdo trajo una lágrima á los ojos de Enriqueta y cubrió de tristeza la frente altiva del vizconde, pero alejando pronto estas ideas, tomó á parte á su padre y le esplicó los motivos de su viage. Las medidas de rigor se aumentaban de día en día por toda Francia. El había aprovechado un momento favorable, y se había puesto en camino al día siguiente de una victoria para decidir á su padre á huir á Inglaterra.

— Os lo pido, añadió, no por vos, sino por esta pobre niña que es nuestro único consuelo y nuestra única esperanza.... ¿Rehusareis salvarle la vida?...

Mr. de Bazouge rechazó al pronto toda idea de fuga: demasiado viejo para combatir, quería al menos desafiar el peligro en la casa de sus padres, pero el vizconde fue elocuente. La vista de Enriqueta hizo lo demás.

— Ven hija mia, ven, dijo el anciano enternecido, volveré la espalda al peligro por primera vez en mi vida, pero tú vivirás y Dios te concederá mejores días.

El vizconde había tomado sus medidas de antemano, había enviado á Granville hombres de su confianza para asegurar el paso, y su comitiva, compuesta de seis valientes soldados, lo aguardaba á la entrada del bosque, dispuesta á servir de escolta á los fugitivos. Una vez resuelto que dejarían el castillo á la noche, el vizconde, para no despertar sospechas, se reunió á su pequeña tropa que estaba oculta en la casa abandonada de un guardabosque. Lapierre quedó encargado de disponer uno de los carruages que yacían inútiles desde mucho tiempo en la cochera, y de preparar los caballos.

Por mas valor que se tenga, á la edad de Enriqueta no se considera la muerte sin estremecerse. Cuando ella supo el peligro que la había amenazado, y que iba á escapar de él, sintió una viva alegría. Pero no sin cierto secreto dolor se vió en el caso de abandonar la morada en que había pasado su infancia; paseaba arriba y abajo por todo el castillo seguida de César que parecía que comprendiese su pesar y su alegría, fijando sus tristes miradas sobre cada cosa que veía, y contemplando acaso por la última vez los vastos salones en que lo dorado brillaba todavía bajo la capa de polvo que se le había sobrepuesto, las largas y altas galerías con el pavimento de mármol, aquellas anchas escaleras en las que se respiraban en otro tiempo los aromas exhalados por una larga hilera de cajones de flores. Después bajaba al jardín y cogía un ramillete á fin de guardar largo tiempo en la tierra del destierro, las rosas de Kerhoat como un recuerdo de la patria. Al tiempo de la separacion todo le parecía mas amable. El viejo castillo le parecía mas venerable y mas arrogante, los cuadros del jardín dibujaban con mas coquetería sus simétricos arabescos, las grandes encinas movían con mas dulzura sus hojas. Los rosales deshojaban sus flores para despedir perfumes mas penetrantes. No hay cosa mas seductora en este mundo que el bien que se va á perder, como no sea el bien que se ha perdido.

Enriqueta quiso arrodillarse por última vez en la ermita adonde la conducía su paseo diario; atravesó el parque escoltada de César, y vino á detenerse al pie de la cruz que estaba situada sobre una especie de cerro desde donde se dominaba á la campiña. Después de haber orado se sentó y se puso á meditar; César acostado á sus pies había hecho un ovillo su cuerpo: sus ojos se cerraban perezosamente para evitar un rayo del sol poniente, que pasando al través de las hojas se deslizaba por entre las rogi-zas pestañas de sus párpados, y parecía que estuviese dormitando.

De repente se levantó y dió un ladrido sordo. Con la cabeza alta asestaba sus grandes ojos en direccion de Noyal. Enriqueta siguió su mirada y se volvió pálida. Cuatro ginetes venían por el camino de Noyal, y acababa de reconocer en ellos el uniforme temido de los gendarmes de la república.

Echó á correr temblando hacia el castillo. César se detuvo un instante sobre el cerro para lanzar un ladrido amenazador, al que respondió la voz lejana de un fuerte sabueso que llevaba atado uno de los gendarmes.

En Kerhoat como en casi todos los castillos antiguos, había seguros é impenetrables escondites. Enriqueta se había adelantado á los gendarmes un cuarto de hora, lo que le dió tiempo para vencer los escrúpulos de su abuelo. Este consintió al fin en retirarse á un cuarto secreto, pero después de haberse ceñido su espada de batalla y haberse colgado al cuello el cordón de las órdenes del rey, por si acaso llegaba á descubrirse su re-

tiro. Los orgullosos restos de la nobleza francesa no querían morir en *negligé*.

César se echó al través de la puerta del escondite.

Algunos minutos después tres gendarmes y un delegado del distrito de Rennes se presentaron á la puerta del castillo. Lapierre, que no estaba advertido, abrió y fue hecho prisionero.

— ¿Dónde está tu amo? preguntó el delegado.

— En Guernesey, respondió sin titubear el fiel criado.

Los tres gendarmes y su jefe pusieron cuatro caras horribles: pero cuando vieron el coche en un rincón del patio:

— ¡Miserable, traidor! dijo el delegado, has querido engañar á la república... Pie á tierra ciudadanos, atadme ese pícaro y principiemos la visita de la madriguera.

Después de atado Lapierre á un anillo de hierro delante de la caballeriza, el delegado quitó la trailla á su sabueso, diciéndole:

— ¡A ellos Rustaud! ¡hala! ¡eh!

— El sabueso acostumbrado desde mucho tiempo á la caza humana, se precipitó á la gran escalera haciendo resonar el castillo con sus ladridos. Los gendarmes y su jefe lo siguieron.

Entre tanto Lapierre hacía todo lo posible para romper sus lazos, pero los gendarmes lo habían atado como hombres que sabían hacerlo, y el pobre hombre adelantaba muy poco en su proyecto.

— ¡Si estuviese libre! exclamaba, iría á buscar al señor vizconde, y dentro de un cuarto de hora ya tendrían que hacer los sansculottes.

Pero no estaba libre.

Los gendarmes habían perdido bien pronto de vista al sabueso que se había lanzado ahullando por los interminables corredores del primer piso: lo seguían guiados por su voz, y el delegado lo escitaba de lejos con términos de monería horriblemente apropiados á esta abominable caza.

— Ya lo encuentra, decía; ya tiene la pista; el viejo zorro no puede escapársenos.

El escondite estaba situado á la altura del segundo piso, y practicado en el espesor de la pared de la antigua torre de la campana. Se entraba allí por una pieza inhabitada. César estaba como antes en su sitio, echado al través de la puerta. Cuando el sabueso, guiado por su ejercitado olfato, entró, César se enderezó silenciosamente sobre sus cuatro patas, y un segundo después los dos perros se hallaban enfrente.

Eran dos robustos animales llenos de ardor, de fuerza y de valor. El sabueso enseñó su doble hilera de dientes blancos y puntiagudos: César no se movió.

— Adelante, Rustaud, adelante, cójelo, gritaba desde la escalera el republicano.

El sabueso saltó hacia adelante. César lo dejó pasar y lo cogió de la garganta; el sabueso forcejeó convulsivamente durante un segundo, después dió un ronco ahullido y quedó inmóvil.

César entonces lo soltó y se volvió á echar pacíficamente en su sitio: el sabueso estaba muerto.

— ¿Dónde diablos se habrá metido Rustaud? decía el delegado en el corredor; ya no se le oye...; Rustaud!; Rustaud!

Rustaud no quería responder. El delegado se impacientó. Para colmo de desdicha vió á Lapierre que, habiendo conseguido romper las cuerdas, había montado el caballo de uno de los gendarmes, y huía á todo escape.

— Esto va mal, dijo refunfuñando.

Los cazadores iban á ciegas, pero conducidos por Rustaud hasta la galería del segundo piso, no podían tardar en descubrir el cuarto que buscaban. Así sucedió en efecto. Al cabo de dos minutos el delegado se encontró enfrente del cadáver del sabueso, algo mas lejos vió los ojos brillantes de César.

— Ya lo encontramos, camaradas, dijo retirándose prudentemente detrás de los gendarmes. Ese monstruoso perro ha asesinado á Rustaud, en obsequio del cual debemos decir que ha muerto sirviendo á la patria... Veamos esa pared: la cueva del zorro no debe estar muy lejos.

Los gendarmes se adelantaron. César con el cuerpo recogido, los pelos erizados, aspiraba violentamente el aire. Su vientre tocaba el suelo, sus ojos lanzaban fuego. El primer gendarme que quiso tocar la pared, fue derribado como un niño, luego César volvió á tomar su sitio.

— Fuego, gritó el delegado; ¡inmolad ese monstruo, defensores de la patria!

Los gendarmes apuntaron, pero al mismo tiempo apareció Mr. de Bazouge á la puerta: lo había oído todo, y viendo infalible su pérdida, quiso hacer frente al peligro. En aquel supremo momento, su alta estatura se mostraba erguidamente. En su altivo semblante coronado de algunas mechadas de cabellos blancos, se notaba una sublime resignación. Con trage militar y con espada en mano se adelantó hacia sus enemigos.

Los gendarmes retrocedieron, y el delegado cobrando ánimo le dijo: — ¡Salud, ciudadano! te necesitan allá abajo en el tribunal... ¿No eres el ciudadano Bazouge?

— Soy, respondió el anciano con acento grave, Ives de Bazouge Kerhoat, marqués de Bouex, conde de Noyal y de Landevy, señor de Plechastel, Kernez y otros lugares, caballero de las órdenes del rey, lugarteniente general y...

— ¡Bastante, ciudadano, bastante! ¡Te sobran ya diez cosas para subir á la guillotina! exclamó el delegado echando una carcajada. — Vaya, entréguenos tu viejo espadon, respondió Mr. de Bazouge poniéndose en guardia.

El republicano, engolosinado con tan fácil victoria, desenvainó y tiró una estocada al anciano que la paró débilmente. Enriqueta se puso delante de él para recibir el segundo golpe, pero César se lanzó delante de Enriqueta, y recibió la estocada en medio del pecho.

— ¡Piedad! exclamó la joven cayendo de rodillas.

El delegado respondió con una cruel carcajada y volvió á levantar su espada ensangrentada.

— ¡Viva el rey!... dijo el anciano volviéndose á poner en guardia.

— ¡Viva el rey! contestó la misma voz fuerte y grave que había contestado pocas horas antes el mismo grito.

La espada del republicano, que ya se dirigía al corazón del marqués, cayó; volviéndose asustado y vió al vizconde de Plenars, á Lapierre y á seis hombres armados de pies á cabeza. En un abrir y cerrar de ojos los republicanos fueron reducidos á la nada, y arrojados á un rincón.

Enriqueta, riendo y llorando, abrazaba á su padre, besaba las manos de su abuelo y daba gracias á Dios.

— Ahora marchemos, dijo el vizconde.

Los caballos de los republicanos fueron enganchados al coche de viage. Mr. de Bazouge subió el primero; cuando Enriqueta fue á hacerlo, se sintió detenida de la ropa, y vió á sus pies á César, cuyos ojos lastimeros y moribundos parecía que implorasen una caricia. César la había seguido arrastrándose hasta allí; por toda la escalera señalaba su paso un ancho rastro de sangre. Enriqueta se conmovió hasta el fondo de su corazón, bajó y puso su linda boca sobre la frente del animal; César meneó alegremente la cola é hizo oír un gruñido de contento.

— Lo vendaremos y nos lo llevaremos, dijo Enriqueta.

César le lamió las manos, alargó el cuerpo y murió.

Mr. de Bazouge y su hija llegaron felizmente á Inglaterra. Enriqueta volvió sola á Francia después de los terribles días de la revolución; se acordó de César, y la imagen de este noble animal adorna todavía una de las paredes del castillo de Kerhoat. Cuando algun convidado se admira, el viejo Lapierre aprovecha la ocasión de contarle como César venció en combate singular á un sabueso de la convención, y fue asesinado por un republicano, como el célebre emperador del mismo nombre.

T. por R. Ferrer M.

MUZA.

FRAGMENTO DE UNA LEYENDA ORIENTAL.

Era una noche encapotada y fiera (1)

En que apiñadas nubes discurrían
Como flotantes velos por do quiera

En el aire, y que lejos se perdían.

Ennegrecida veíase la esfera

Pues cual negros fantasmas la cubrían

Y no se oían voces de mortales

Si no acentos lejanos, sepulcrales.

El límpido Genil iba encrespando

Sus olas de cristal en su llanura

Y el viento enfurecido iba arrollando

Su superficie azul, ya vuelta oscura;

Los cuervos perezosos van graznando

Escondiéndose adentro en la espesura

Y el alquilon bramando desgajaba

Los árboles que al paso se encontraba.

Brota rauda relámpago rompiendo

La nube que le oculta en sus entrañas

Y un ronco y tardo trueno vase oyendo

Que retumba rodando en las montañas.

Con su luz momentánea vanse viendo

Figuras ideales mas estrañas,

Que se juntan, se tocan, desaparecen

Y cuyas sombras pavorosas crecen.

Al claro resplandor con que ilumina

La tierra por intervalos, serpeando,

Divísase una faz en la neblina

Que palidece y que se va acercando.

Con paso presuroso ya camina,

Ya lentamente luego va avanzando,

Hasta que el ruido del furioso viento

Le saca de su dulce arrobamiento.

Ancho turbante cubre su cabeza

Y un albornoz mas blanco que la nieve,

En sus hombros se ve con gentileza

Que el viento proceloso te remueve.

Atravesando va por la maleza

Y su lívido rostro se conmueve,

Al ronco rebramar de la borrasca

Que recruce chascando en la hojarasca.

Súbito cesa de arrojar su lumbré

El relámpago y cesa el aquilon,

Y se aclara la inmensa muchedumbre

Que enlutaba la cénica region.

Doran mil rayos la elevada cumbre

De los montes y suena una esplosion

Apareciendo un trono deslumbrante

Que lanza hermosas ráfagas distante.

Y las ondas del rio levantando

En áureas nubes á celeste diosa

Sus alas de colores va agitando

Hasta llegar al trono, vaporosa.

Bella sonrisa cándida mostrando

En sus labios mas rojos que la rosa,

Y brillando en su frente una diadema

Se presenta al alarbe que blasfema.

Melodías se escuchan en el viento

Vagando dulces y que van vibrando

Y el árabe se cree soñoliento

Y en éxtasis divino va quedando.

Oye armonioso y penetrante acento

Que el ámbito cercano va cruzando

Y en delirante vértigo su boca

Así á la diosa en su favor invoca:

«Si el profeta te envía á mi presencia

Y quiere descargar justa venganza,

Habla, el perverso no hallará clemencia

(1) Este adjetivo se aplica en sentido metafórico por horroroso, terrible.

Y blandiremos la robusta lanza.
¿Quiere sangre? la habrá: fiera sentencia
No eximirá á ninguno, y la matanza
Alcanzará á los hombres que me ordene
Aunque la tierra de pavor se llene."

Dijo el árabe hincando la rodilla
Lleno de enojo ante la bella Diosa,
Desenvainando la feróz cuchilla
Que relumbra á la luz esplendorosa.
Una lágrima gruesa en su megilla
Rueda temblando grave y silenciosa
Hasta que en voz meliflua y sonriendo
De este modo la diosa va diciendo:

"No me envia el profeta á demandarte
Víctimas inocentes, ni matanza;
Su voluntad no vengo á declararte
Que su poder inmenso á mas alcanza.
He querido en la selva estraviarte
Para explicarte á solas mi esperanza;
Oye, sultan, mi pretension atento
Y tiembla si me enojas un momento."

"Te prometo llevar á mi palacio,
Gozar dichas sin cuento y poderío,
Ser árbitro Señor del ancho espacio
Y tener para siempre el amor mío;
Disfrutar la belleza si reacio
No te muestras en fin á mi albedrío
Que es arrancar los ojos á Almanzora
A quien tu pecho su hermosura adora."

"Y en prision profundísima y oscura
La encerrarás despues encadenada
Donde agosten los dias su hermosura
Y su vida tambien, abandonada.
De esto depende solo tu ventura
Que ha de quedar, sultan, eternizada
Si cumples lo que pido en corto plazo
Recibiéndote luego en mi regazo."

Dijo la diosa y con veloz violencia
Desplómose su trono con estruendo
Hundiéndose en las aguas su opulencia
Y sus rayos dorados escondiendo.
Volvió la oscuridad y la potencia
Del violento huracan ensordeciendo
Los aires con su horribísimo bramido
Que vaga en fuertes ráfagas perdido.

Volvió á brillar al aire desprendido
El lumbroso relámpago estendiendo
Un sulco momentáneo enrojecido
Que parecia estaba el cielo ardiendo.
Volvió á escucharse el trueno enfurecido
Que en las montañas íbase perdiendo
Y el canto melancólico, apagado
Del cuervo que en la selva está asustado.

El árabe sus pasos endereza
Hacia la hermosa y oriental Granada;
Lleno su pecho de mortal tristeza
Al recordar las frases de la fada.
Calenturienta tiene la cabeza
Y ni escucha, ni siente, ni ve nada,
Solo camina horrorizado y mira
Si algun fantasma por su lado gira.

Y en la confusa oscuridad se hunde
Vertiendo llanto acerbo, silencioso,
Y por sus venas congeladas cunde
El terror que le agita misterioso;
Un temblor por su cuerpo se difunde....
Y el cabello herizado y espantoso....
Y los labios por último que muerde....
En la lejana oscuridad se pierde.

Juan Serrano y Hurtado.

REVISTA TEATRAL.

Tengan ustedes muy felices pascuas, carísimos y pacientísimos lectores míos, y recíbanlas en cambio de las muchas que yo he recibido, y denme ustedes las gracias siquiera, en cambio de las muchas pesetas que yo he dado, entre las que cuento la del barrendero del teatro, cuya décima concluía así:

Q. T. P. y B.

Pedro Perez.

Esta semana teatral ha sido sangrienta bajo todos conceptos: díganlo los innumerables mártires de la costumbre pascual, díganlo las infinitas víctimas que ha habido entre las óperas y los dramas, dígalos el público que por centésima vez ha visto unas mismas cosas, dígalos el *nano róg* de los polvos, á quien inhumanamente precipitaron los asistencias en medio de la escena, haciéndole dar el salto del Leucades, antes que lo verificara la señora Muñoz ó el monigote que la sustituye; dígalos la empresa víctima entre todas las víctimas de la enfermedad de un angelito que impidió poner en escena los dos primeros dias de Pascua *Los polvos de la madre Celestina*; y por no haber habido polvos no ha habido lodos para ella, ó lo que es lo mismo, la plata que debía haber; y la pérdida se aumenta y

las gaitas que contemplar suben de punto, y.... métase usted á empresario y buen provecho le haga, y tenga usted felices pascuas.... y tal.

La Coja y el encogido: bonita comedia, bonita coja y feo encogido. Salió bien.

La Norma: por variar. La señora Muñoz cantó bien *la cavatina* y mal todo lo demás. El señor Gomez estaba muy débil y apenas podía cantar. Los demás individuos se esmeraron en sacarla mal. En esta ópera hay dos personas que mueren quemadas, y en el público había mas de doscientas que lo estaban.

Los niños de *Norma* han crecido una cuarta y siguen tan buenos.

El Bravo: estupendo drama, bueno cuando el gusto estaba por esa escuela, y cuando la egecucion era muy sobresaliente, pero malo ahora que ha variado lo primero, y lo segundo es muy difícil de encontrar. Salió medianamente. El señor Planelles cantó perfectamente su aria co-reada. En esta pieza hay un asesinato, y dos suicidios visibles, y un muerto y mas de 300 asesinados invisibles.

La Clotilde: por variar. Este drama ha sido siempre bien desempeñado por la señora Toral y el señor Montañó, pero esta semana era maldita y hubo de todo. Hay un asesinato y dos envenenados visibles, que para funcion de *noche buena* basta y sobra.

El Trovador: por la tarde: no hay mas que decir. Un degollado, una quemada y un herido.

Saffo: á quien canta mas mal y de la orquesta no digamos. Lo menos que faltaba era un contrabajo y tres violines. Hubo un despeñado y el susodicho *nano róg* que sufrió igual suerte.

Carlos II: por la tarde: de lo mejor que en el género romántico se ha escrito en español, literariamente hablando. La egecucion bastante bien, distinguiéndose el señor Gonzalez que repentinamente se encargó de este papel sin temor á las silvas del público, que mientras mas fuertes son, mas honran al actor que las recibe. Hay un asesinato, una quemada y unos cuarenta heridos.

Moisés: véase *Saffo*. Sobre tres mil ahogados.

Los Polvos: sin novedad: el pueblo se rie cándidamente y yo me rio tambien, y la empresa se rie de ver la inocencia pública. *Tutti contenti*.

ESTADO GENERAL

de muertos, heridos y contusos en la semana.

Quemados.....	6.
Asesinados.....	303.
Suicidados con puñal.....	2.
Id. con veneno.....	2.
Degollados.....	1.
Despeñados.....	2. Con el nano.
Ahogados.....	3000.
Total de muertos.....	3316.
Heridos.....	340.
Contusos.....	El público.

Por lo escabroso del terreno y lo avanzado de la hora, se pudo salvar
La Mosca.

ALCANCE.

NOVELAS ESCOGIDAS.

El miércoles 1.º de Enero se repartirá á los señores suscritores á la publicacion de novelas el primer tomo de la coleccion, que es el primero del *Caballero d'Harmental*. Cada 15 dias saldrá un tomo.

Se suscribe á 4 rs. tomo en Valencia, en la imprenta de Monfort y librerías de Vicent y Casiano Mariana.

En las provincias 5 rs. tomo, remitiendo libranza sobre correos á favor de la redaccion del *Fénix*.

RIFA MENSUAL.

La obra que se rifa este mes es la linda novela del Vizconde de Arlincourt, titulada *IDA Y NATALIDA*. Un ejemplar para el número que resulte agraciado en cada serie.

VALENCIA.

IMPRENTA DE D. BENITO MONFORT, PLAZA DEL TEMPLE.

ÍNDICE

DE LAS MATERIAS QUE CONTIENE ESTE TOMO.

Recuerdos de Valencia.

	Pág.
San Miguel de los Reyes.....	2.
Las Atarazanas.....	10.
La campana de la union.....	13.
El monasterio de la Trinidad.....	19.
La falla del Micalet.....	25.
El rey D. Jaime I en los campos de Almenara.....	31.
Sagunto.....	43.
La ermita de la Soledad.....	55.
Fundacion del monasterio de la Zaidia.....	49.
Universidad literaria.....	61.
De la imprenta en Valencia en el siglo XV.....	67.
El escudo del rey D. Jaime.....	73.
De la poesía valenciana.....	79.
La brama dels llauradors de la horta de Valencia.....	85.
Escudo del rey D. Jaime.....	85.
El rey Francisco I en Valencia.....	91.
El cuerpo de san Luis, obispo de Tolosa.....	97.
Nuestra Señora de la Leche, cuadro de Juan de Joanes.....	103.
La campana de la puerta de Serranos.....	109.
Hospital de pobres sacerdotes y capilla de nuestra Señora de la Seo.....	115.
Colegio y ermita de san Jorge de Alfama.....	119.
Fundacion de la capilla y cofradía de la Sangre de Cristo.....	123.
El puerto de Valencia.....	127.
La camilla del Señor en la iglesia de los santos Juanes.....	131.
Casa capilla de san Vicente Ferrer, y fundacion del colegio de niños huérfanos.....	135.
Universidad literaria.....	139.
Casa palacio del rey D. Jaime.....	144.
Colegio de san Pablo: escuela normal.....	147.
Convento de san Agustín.....	151.
Capilla de nuestra Señora de los Desamparados.....	155.
Convento de san Cristóbal.....	159.
El romance de la rosa.....	171.
La torre de Trullás.....	175.
La torre de Paterna.....	179.
El castillo de los templarios en Moncada.....	183.
El monasterio de Valldigna.....	187.
La ermita de san Jorge en el Puig.....	191.

Historia.

Juana Grey.....	3.
Aniversario de la entrada en Valencia por D. Jaime el Conquistador.....	7.
La lucha y los combates de gladiadores.....	7.
Luis el Santo.....	9.
Margarita de Anjou.....	223.
Epigramas.....	233.

Poesías.

El Fenix.....	1.
Epigramas.....	6.
Epigramas.....	12.
Epigramas.....	169.

L'sprit valenciá.....	6.
La dicha está en la muerte.....	24.
Canto del bardo polonés.....	29.
Fragmento de Victor-Hugo.....	12.
La inocencia peligrosa.....	14.
El estudiante.....	24.
El poeta en la tumba de su amada.....	29.
Imitacion al desafio de Tarfe.....	29.
Vaoro y Tereseta.....	41.
A Ricardo.....	47.
En el álbum de Doña G. G. Avellaneda.....	71.
A D. J. Zorrilla.....	71.
Amistad.....	83.
La malagueña á la polka.....	114.
El pendenciero.....	145.
El cristiano moribundo.....	177.
Noche buena.....	209.
Muza.....	233.
El lechuguino.....	253.
Melancolia.....	53.
Poesía.....	54.
A Felisa.....	60.
La mariposa.....	60.
Imitacion de Lamartine.....	66.
A la memoria de mi padre.....	66.
A Luisa.....	71.
Oriental.....	72.
Cantinelas.....	77.
El genio y la belleza.....	82.
Al mar.....	84.
Noche serena.....	89.
Amistad.....	90.
A D. José Valero.....	95.
A un clavel.....	102.
Suspiros.....	102.
Meditacion.....	107.
No me amarán ya.....	107.
A mi amante.....	117.
Toledo.....	121.
A Doña Cristina Villó.....	126.
A una violeta.....	129.
A mi lira.....	130.
Al mar.....	142.
La verdad.....	145.
Amalia.....	149.
Paz del corazon.....	153.
El delirio.....	157.
Oda.....	165.
A D. Lázaro Puig.....	166.
El mundo nuevo.....	169.
A Visitacion.....	173.
En la tumba de mi hermana.....	174.
A la señora.....	180.
A D. Wenceslao Aiguas de Izco.....	185.
A una muger.....	189.
A Julia.....	192.
A Doña Amalia Fenollosa.....	197.
A una flor.....	201.

Bellas artes.

Sobre el canto.....	6.
Apuntes sobre la antigüedad de la música y sus principales reformas hasta nuestros dias.....	11.
El pintor de broncha gorda.....	23.
El pintor de broncha gorda.....	28.
El pintor de broncha gorda.....	94.
El pintor de broncha gorda.....	106.
El pintor de broncha gorda.....	225.

Biografías.

D. Estévan del Rio.....	5.
-------------------------	----

Doña María Toral.....	11.
Excmo. é Ilmo. Sr. D. Tomás Gonzalez de Carvajal.....	35.
D. Pedro Montañón.....	41.
Chateaubriand.....	50.
Eugenio Sue.....	57.
El marqués de la Ensenada.....	103.
Vicente Peris, caudillo de los comuneros.....	121.
Miguel de Cervantes Saavedra.....	181.
Espronceda.....	189.
Murillo.....	205.
Casimiro Delavigne.....	209.
Goya.....	216.
Vasco Nuñez de Balboa.....	221.
D. Vicente Martin y D. José Gomis.....	223.
Shakspeare.....	227.
D. Francisco Gimenez de Cisneros.....	229.

Costumbres.

De Valencia al Grao.....	4.
Los obsequios de mi amigo.....	8.
Del Grao á Valencia.....	16.
Un fragmento de la antigüedad.....	17.
Ya vienen los estudiantes.....	21.
La mona de Pascua.....	27.
Mis vecinos.....	37.
Artículo sin título.....	40.
Las fiestas de san Fermin en Pamplona.....	125.

Hechos Españoles.

Amilcar Barca y los españoles.....	25.
Los héroes de Barleta.....	45.
Hernando de Illescas.....	51.
El paso honroso.....	63.
Vencedor en la muerte.....	70.
Los caballeros Sepúlvedas, y muerte del maestre del Temple.....	87.
El duque de Osuna, virey de Nápoles.....	93.
Desafio entre los reyes D. Pedro III de Aragon y Carlos I de Nápoles.....	120.
Los dos Figueroas.....	123.
El riepto por Calahorra.....	139.

Novelas.

La hija del cónsul.....	13.
El perro Leal.....	15.
Coriolano.....	19.
Los misterios de una calavera.....	22.
Una conjuracion contra Nerón.....	26.
Bambinelli, ó el loco de Venecia.....	31.
Syphaz y Massinissa.....	32.
Una historia judaica del siglo XIV.....	38.

Aventuras de un estudiante alemán.....	64.
Fidelidad y valor.....	75.
Juez y verdugo.....	79.
El coronel Sta. Croce.....	100.
Doña Isabel de Osorio.....	111.
Claudio Stocq.....	141.
Los dos Bassompierres.....	188.

Variedades.

Celos y venganza.....	10.
Colegio de niños y niñas huérfanos de san Vicente de Valencia.....	20.
Los sacrificios en la antigüedad.....	21.
Lengua valenciana.....	25.
El marino.....	44.
Un viaje á París.....	49.
El sargento y la beduina.....	56.
Aventuras de una tortuga.....	58.
El minuet del buey.....	62.
La casa misteriosa.....	65.
Exposicion pública.....	65.
Eduardo de Spencer.....	67.
Los españoles y romanos en Itálica.....	69.
El arco de violin de Fiorillo.....	73.
Recuerdos y anécdota de Talma.....	74.
El correo de España.....	80.
Salvator Rosa y los bandidos napolitanos.....	82.
El correo de España.....	86.
La fonda del Escalda en Ostende.....	88.
Caza de los elefantes en el cabo de Buena-Esperanza.....	89.
Hospital general.....	89.
Venta y robo de niños en la India.....	91.
Hospital general.....	92.
Traduccion del Judío Errante, por D. Wenceslao Aiguas de Izco.....	93.
El dómene aragonés.....	95.
Un matrimonio por fuerza.....	98.
La marquesa del Merli.....	101.
Hospital general.....	101.
La cascada del sepulcro.....	105.
Las cercanías de Londres.....	110.
Casa de Beneficencia.....	112.
D. Timoteo.....	112.
Anécdota del monasterio de Valldigna.....	117.
Las cercanías de Londres.....	115.
Influencia de las mugeres en la historia de los pueblos.....	116.
La pólvora, la imprenta y el vapor.....	121.
El castillo de Centellas.....	124.
Mejoras en la poblacion.....	125.
Monumentos literarios y bibliotecas de España.....	127.
Genaro Cicerone.....	135.
Orígen de las noches lúgubres de Cadalso.....	136.
El príncipe de Metternich.....	137.
Un romance detenido en la frontera.....	137.
El negrero.....	137.
El domo de Milan.....	143.
El amor.....	148.

Tres días en las orillas del Orinoco.....	152.
El Judío Errante.....	160.
Una vinculación femenina.....	171.
Presidio de Valencia.....	191.
Costumbres rusas del siglo XVIII.....	153.
	157.
	161.
	156.
	168.

Apuntes de mi cartera.....	168.
	183.
	187.
	195.
	204.
	212.
	215.
	232.
Fuego y agua.....	212.
Sobre la ópera nacional.....	213.
Antigüedad y escelencias de las corridas de toros en España.....	220.
Aguas potables.....	224.
El Soto de Roma.....	229.
El Judío Errante.....	243.
	248.

Revista teatral.....	6.
	12.
	17.
	24.
	30.

Revista teatral.....

	35.
	41.
	48.
	54.
	60.
	66.
	72.
	78.
	84.
	90.
	96.
	102.
	107.
	114.
	118.
	121.
	126.
	130.
	133.
	142.
	145.
	150.
	154.
	158.
	162.
	166.
	170.
	174.
	178.
	182.
	186.

Revista teatral.....

	190.
	198.
	234.
	241.
	249.
	254.
Grabados.	
Suplicio de Juana Grey.....	3.
D. Estévan del Río.....	5.
Combates de Gladiadores.....	7.
Luis el Santo.....	9.
Doña María Toral.....	11.
La hija del cónsul.....	13.
El perro leal.....	15.
Un fragmento de la antigüedad.....	21.
Amilcar y los españoles.....	25.
Una conjuración contra Nerón.....	27.
Ruinas de una abadía.....	35.
Siphaz y Masinisa.....	47.
Chateaubriand.....	50.
La tortuga.....	58.
La casa misteriosa.....	65.
Itálica.....	70.
Grupo de bandidos de Salva-tor Rosa.....	82.
Gil Saldaña.....	87.
Doña Leonor de Luna.....	93.

El caudillo de los mandarines.....	99.
La cascada.....	106.
El vapor.....	120.
Vicente Peris.....	121.
El castillo de Centellas.....	124.
Ruinas de Pompeya.....	128.
El negrero.....	137.
El domo de Milan.....	143.

El Judío errante, caricatura.....	153.
Donnizetti.....	157.
Donnizetti.....	161.
Donnizetti.....	164.
Caricaturas.....	166.
Caricaturas.....	169.
El conde duque de Olivares.....	173.
Eugenio Sue.....	176.
Caricatura.....	177.
Cervantes.....	181.
Caricatura.....	185.
Espronceda.....	189.
Ronconi.....	193.
D. Tomás Rodríguez Rubi.....	201.
Casimiro Delavigne.....	209.
Goya.....	216.
Vasco Núñez de Balboa.....	221.
Shakspeare.....	229.
Caricatura.....	253.

Litografías.

D. Pedro Montañón. — Vista del Grao. — Escenas de costumbres.	
---	--